

Pregunté si era costumbre ir por las calles en traje de drama romántico, y me dijeron que aquello sólo se hacía al morir un congregante, para costear el entierro.

Disfrutaba yo aquella noche en el umbral de *La Abeja Elbana* las delicias de la fresca brisa marina, mientras los chiquillos gritaban, las guitarras punteaban y los acordeones gemían tan ruidosamente como la noche anterior, cuando las campanas de la iglesia empezaron á tocar á muerto. Al propio tiempo se oyeron en el extremo opuesto de la ciudad, lamentables clamores, que, al acercarse, determinaron el cierre de las tiendas y la suspensión de voces y músicas. A poco apareció extraña comitiva por una de las calles que desembocaban en la plaza. Alrededor de un féretro, que se balanceaba sobre los hombros de cuatro fornidos portantes, iban hombres y niños de toda edad, que, vestidos con cogullas negras y gruesos cirios en la mano, entonaban fúnebres salmodias. Los que abrían marcha, enarbolaban pendones, cruces y fanales. Era el entierro. Declaré al mozo de la hostería mi extrañeza por lo intempestivo de la hora, y me respondió que tal era la costumbre cuando la familia del difunto tenía suposición social, «pues el entierro por la noche resultaba de más lucido efecto».

La comitiva se detuvo frente á la iglesia. Cesó el tañido de campanas. Los encapuchados dejaron los cirios en el suelo, pisotearon la llama y, para apagarla del todo, cubrieron la mecha con puñados de tierra. Después entraron en la iglesia, con cinco ó seis candelas que á cada uno le dieron en la puerta. Se colocaron entonces alrededor del túmulo, candela en mano, y con voz quejumbrosa entonaron una salmodia que tenía acentos de balido, algo como: «*Bai... ai... ai... ai...*», que de pronto subió hasta un tono cuya estridencia arañaba los oídos, convirtiéndose en: «*Bai! bai! bai! ai! ai! ai! ai!*» Era el gemido de la antigua plañidera, las lamentaciones corsas. Entretanto se iban consumiendo las candelas, y en cuanto el sacerdote terminó el responso, cargaron de nuevo los portantes con el féretro, y la comitiva, después de encender los cirios apagados al entrar en la iglesia, se dirigió al cementerio por el camino contiguo al mar, mientras volvían á abrirse las tiendas y la ciudad recobraba su anterior animación de voces y músicas. Durante largo rato seguí el entierro con

la mirada á la luz de los cirios, que, como lenguas de fuego, se reflejaban en las olas. Para que el cadáver no esté solo toda la noche, se le pone al lado un farol encendido hasta el amanecer.

Hay en la ciudad dos cementerios: el de la «Cofradía de las caperuzas negras» y el de la «Cofradía de las caperuzas blancas», pues ni una ni otra quieren tener nada de común entre ellas, ni en la tierra ni en el cielo. Los vecinos de Porto-Ferraio son *negros ó blancos*, como en otro tiempo fueron güelfos ó gibelinos, y aunque ambas cofradías no han llegado al extremo de venir á las manos, cuando se encuentran en la calle, se miran con enojoso recelo. Hay emulación entre ellas por ver cuál proporcionará al difunto mejor nicho, pues, con raras excepciones, no se sepultan los cadáveres bajo tierra, sino en nichos abiertos en las paredes, bajo suntuosas arcadas, á manera de catacumbas revestidas de mármol blanco, entre galerías adornadas con inscripciones, flores y cuadros que nada tienen de fúnebre. Allí, en calma plácida y silenciosa como la del limbo, duermen el eterno sueño cuantos desaparecieron de entre los suyos. Vistas desde fuera y al través de los árboles que las rodean, aquellas blancas necrópolis ofrecen cierta semejanza con los palacios del Trianón.

\* \* \*

De Porto-Ferraio parten todas las carreteras de la isla. Cada mañana salen de la ciudad varias diligencias de dos ruedas, arrastradas por un jamelgo flaco y de patas zancudas como un saltamontes. Las varas del coche están colocadas sobre el lomo del animal, con los extremos al aire en vez de estar fijos en los costados. En cuanto el caballo emprende el galope, se encuentra uno como si estuviera en una especie de cestón de mimbres, con peligro de saltar al arroyo si no se agarra vigorosamente al armazón del vehículo. Los equipajes se atan con cuerdas, porque de lo contrario, no llegan á su destino.

La carretera de Marciana se extiende hacia el Oeste por la parte de la ingente montaña que intercepta el horizonte y cuya cumbre desaparece entre nubes.

Atraviesa la carretera bosques de álces y terrenos de cultivo, sal-

picados de granjas y aparcerías, y de cuando en cuando se encuentran en el camino aldeanos que van á la ciudad.

Todos tienen su correspondiente asno, en cuyo cuello monta la mujer, en los lomos el marido, en la grupa el hijo, y en los dos cestos pendientes de uno y otro lado de la albarda van los chiquillos, de modo que el asno queda casi oculto bajo la familia á que sirve de vehículo, pues sólo se le ven cabeza, cola y patas. El asno marcha á menudos pasos, sin tropezar ni una sola vez.

Más adelante, ya no hay tantas casas en el camino. Empieza la selva, análoga á la de Córcega, con arbustos, laureles, matorrales y encinas en apretado é impenetrable conjunto, que esparce intensa fragancia. En una revuelta de la carretera se pierde de vista Porto-Ferrajo, y sobre la cima de un collado que el viento azota, aparece otro aspecto de la isla.

El mar se recorta en un golfo circular y profundo en el que se proyectan los mil metros del monte Capanne, en cuyo torno voltean las nubes, después de besar la cima de la vecina montaña de Júpiter (monte Giove). Abajo, el mar azul y la soleada arena, en la que un solitario pescador, diminuto como una hormiga, arrastra su barca y pone á secar sus redes. Arriba, el horrisono fragor del negro huracán, en cuyas alas culebrea el rayo y fulguran los relámpagos. De cuando en cuando, entre un desgarrón de las nubes, brillan manchas de nieve. Parece el formidable Olimpo, en donde sobre los mortales truena Júpiter acompañado de los dioses mayores.

Le pregunto al cochero si no es posible apresurar el paso del caballo, por temor de que antes de llegar á Marciana se desplome sobre nuestras cabezas aquel fantástico amontonamiento de nubes sombrías. Me responde que no, y que nada hay que temer hasta entonces. En efecto, el sol no cesa de brillar á lo largo del camino que, acercándose al mar, bordea el golfo de Procchio y después sigue la costa á manera de cornisa, hasta que otra bajada nos conduce á Marciana Marina y paramos en la posada de la Paz, cuyo dueño es Buenaventura Braschi, quien, á juzgar por la muestra, tiene *buena cocina*.

El señor Braschi no sabe una palabra de francés, ni su mujer tampoco, pero se deshacen en cumplimientos y levantan la voz para darse á entender. Me explico lo mejor que puedo, y en espera de la

*buena cocina*, que tal vez se reduzca á macarrones y huevos, me voy á pasear por el puerto, en donde están ya las lanchas en seco por temor de la tempestad con que amenaza la noche.

Han descendido las nubes por la falda de la montaña y el cielo ha encapotado al sol con un velo gris. El mar, picado, lame la orilla con sus mil lenguas de espuma. Todo está envuelto en sombría tristeza. Porto-Ferrajo se divisa en lontananza. La montaña, que no cesa de vomitar las nubes en que se oculta á la vista, deja sentir sobre el espectador el peso de su obscura mole. Las resquebrajadas fachadas de las casas, poco antes bañadas por el sol, aparecen sucias y desconchadas. Hace frío.



Marciana Marina (Marciana Baja ó del Mar).

¡Cuán profunda mudanza en pocas horas! Empieza á caer una lluvia menuda y copiosa, que en la creciente obscuridad da reflejos pálidos á los objetos. Se figuraría uno estar en alguna desolada costa de Noruega ó de Spitzberg. Cuando, por la noche, después de cenar, salí para irme á dormir, pues tenía el cuarto en una casa vecina, por poco se me lleva el viento, que me apedreó materialmente con los guijarros que su violencia levantaba. Las salpicaduras del mar llegaban hasta las calles, y la única luz de aquel negro abismo que ningún ser humano se atrevía á cruzar, era el tímido resplandor de una lamparilla que ardía ante una imagen de la Virgen colocada en la hornacina abierta en la pared del vecino callejón, y resguardada con reja de hierro. Pensé que tal vez por allí, en noche como aquélla, terminó el amoroso idilio del ex rey de reyes y de la rubia condesa Walewska. Se habían encontrado en la montaña de Marciana, en donde gozaron fugitivas horas de amor,

separándose entre la tempestad y el huracán. Al día siguiente, me despertó el sol. Quería subir al monte de Júpiter y á Marciana Alta, la gemela de Marciana Baja ó del Mar.

En las costas mediterráneas, tanto en Francia como en Italia, España y Córcega, menudean los pueblos mellizos, cuyo desdoble tuvo por objeto resguardar á los vecinos del ataque de los piratas berberiscos, que, hasta la toma de Argel por los franceses, á mediados del siglo XIX, invadían bruscamente las costas, saqueaban los poblados y mataban ó se llevaban cautivos á los habitantes. En cuanto, desde su atalaya, divisaba el vigía á los berberiscos, el pueblo costero de abajo se refugiaba con sus hatillos en el montañés ó de arriba, cuyo recinto estaba lo suficientemente fortificado para rechazar el ataque. Rara vez se aventuraban los piratas á internarse, pues hubiera sido fácil aplastarlos desde los riscos con sólo dejar caer sobre ellos un alud de piedras y peñascos. A menudo, ni siquiera podían descubrir los piratas el refugio de los costeños, como si se hubieran escondido en las nubes.

Ruego que me indiquen la dirección de Marciana Alta, y el señor Braschi me lleva hasta la plaza y me señala con el dedo la montaña.

El sol brilla en el sitio donde estamos, la atmósfera está despejada, el mar riente; pero la montaña aparece, como ayer, cortada en dos por recia cortina de nubes que cubre el casquete superior. Tras la cortina está Marciana Alta. No he de hacer más que emprender la caminata hasta llegar á ella.

Heme, pues, aquí trepando sin descanso con la perseverante paciencia que se necesita para recorrer las sendas montañosas. El calor es húmedo. Ante mí veo continuamente la obscura nube á que voy acercándome poco á poco. Al volverme, distingo tras mí á Marciana del Mar cada vez más abajo, mientras que á mis pies se extiende un horizonte inmenso de costas. No tardo á entrar en la sombra de la nube. Todo desaparece en torno mío y tan sólo queda la nube, que llena de perlinas gotas mi barba, mis ropas, las plantas y las hierbas. La vegetación ha cambiado de aspecto y parece septentrional: matorrales raquíticos, robustos castaños de nudoso tronco, sin yemas ni hojas (mientras que en Porto-Ferraio los mirtos están ya en flor); además, helechos y musgos, entre los cuales brotan cristalinos manantiales que brincan y saltan en cascada. A pesar de la obscuridad

de la niebla, se distingue perfectamente el camino. Como fantásticas siluetas, pasa junto á mí una mujer montada en una mula. Sin duda va á proveerse de harina en la costa, pues parece que en aquella montaña no ha de haber muchos yantares. Al pasar me da las buenas tardes y se muestra sorprendida del forastero idioma en que le respondo. Al cabo de media hora de subir entre la niebla aparece más precisa la forma de los objetos, se vislumbra de nuevo el sol, y por encima de mi cabeza surge de entre nubes Marciana Alta.

¡Singular espectáculo! Delante, la luz, otra región, sol de brillo septentrional y aire frío y vivo. Detrás, la opaca nube que acababa de atravesar y que ocultaba la base de la montaña, así como vista desde abajo ocultaba la cumbre. Quedo suspendido de las nebulosas volutas, sobre el vacío, como si estuviera en el cielo atmosférico.

Más extraño parece todavía que allí haya habitantes, pues veo casas y un campanario, aunque por otra parte dudo que los haya, porque no distingo alma viviente. Todo está en silencio. Ni el más leve ruido sube de la hondonada, ni el más ligero rumor sale de aquella misteriosa aldea de abruptas viviendas, apretadas unas contra otras y rodeadas de una muralla de piedra. Es la aldea corsa, silvestre y siniestra como nido de rapaces.

Subo unos cuantos peldaños, paso por debajo de unas arcadas, vuelvo á subir otros escalones y me encuentro en medio de la aldea, en una no muy holgada plaza en la que desembocan las calles, ó, mejor dicho, callejuelas, de pavimento negruzco y pegajoso. Una mujer con cara de buitre está sentada á la puerta de su casa. Viste de negro, y sus ardientes y no obstante dulces ojos me miraban, sin que su impassible fisonomía delatara los sentimientos que le inspiraba mi presencia. Vi después otra mujer, asimismo vestida de negro, que lleva del ronzal á una cabra, también negra. Luego aparece una muchacha, con traje de igual color que las viejas y con un saco de heno en la cabeza. Pero, ¿en dónde están los hombres?

A la derecha distingo un figón. Me determino á entrar, para reponerme de la fatiga de los escalones y proporcionarme un guía antes de continuar el camino. Al acercarme á la puerta, oigo rumor de voces. ¡Tanto mejor! Alguien ha de haber. ¿Alguien? Todos los hombres de la aldea están allí. Me pregunté qué hacían las gentes en semejante